

TEA PARTY STATEMENTS

—Los viejos mapas la llaman <i>Isla Atrapa-Barcos</i> —replicó Whitney—. Un nombre incitante, ¿no crees? Los marineros le tienen un miedo peculiar a ese lugar. No sé por qué. Alguna superstición...	—No digas disparates —dijo Rainsford—. Eres cazador de caza mayor, no filósofo. ¿A quién le importa cómo se siente un jaguar?
—Aun así, creo que sí entienden una cosa: el miedo. El miedo al dolor y el miedo a la muerte.	—Más bien no. Ni siquiera los caníbales vivirían en un lugar tan dejado de la mano de Dios. No sé bien cómo, pero la isla entró hace tiempo en el saber popular marineró. ¿No te has dado cuenta de que los nervios de la tripulación están algo tensos hoy?
No había brisa. El mar estaba plano como el cristal de una ventana. Nos acercábamos entonces a la isla. Lo que sentí fue un... escalofrío mental, una especie de espanto súbito.	Un ruido abrupto lo sobresaltó. Venía de la derecha, y sus expertos oídos no solían errar. De nuevo oyó el ruido, y una vez más. En algún lugar de la oscuridad alguien había disparado un arma tres veces.
...dando un grito breve y ronco que apenas se oyó, enmudecido por las aguas del Caribe que se abalanzaban tibias como la sangre sobre su cabeza.	No reconoció al animal que emitió el ruido ni lo intentó; con renovada vitalidad nadó hacia él. Lo oyó de nuevo antes de que lo cortara de cuajo otro ruido entrecortado, seco.
Donde hay disparos, hay hombres. Donde hay hombres, hay comida —pensó. ¿Pero qué clase de hombres, se preguntó, en un lugar tan inhóspito? Un frente continuo de selva irregular y laberíntica limitaba la orilla.	Sus ojos distinguieron el perfil de un castillo con aires de palacio enclavado en una zona alta de la orilla, rodeada en tres de sus lados por acantilados que se precipitaban hacia donde el mar besaba las sombras con labios glotones.



La primera impresión de Rainsford fue que el hombre era singularmente apuesto; la segunda que el rostro del general tenía algo original, casi extravagante.	—No, señor mío, se equivoca. El búfalo del Cabo no es la pieza más peligrosa de caza mayor —tomó un sorbo de vino—. Es aquí, en mi reserva de la isla —dijo en el mismo tono pausado—, donde se caza la presa más peligrosa.
El general sacó de su bolsillo una pitillera de oro y le ofreció a su invitado un largo cigarrillo negro con boquilla plateada; su aroma era similar al del incienso.	—Simplemente ésta: la caza había dejado de ser lo que usted llama «un reto deportivo». Era demasiado fácil. Siempre conseguía mi presa. Siempre. No hay nada más aburrido que la perfección.
El general sonrió con la calma de quien sabe que se ha enfrentado a un obstáculo que ha superado con éxito. —Tenía que inventar una nueva presa —dijo.	—Ningún animal tenía la más mínima oportunidad conmigo. No es inmodestia: es una certeza matemática. El animal tan sólo tenía sus piernas y su instinto y el instinto no es un rival digno de la razón. Cuando se me ocurrió esto fue un momento trágico para mí, de eso estoy seguro.
—Oh —dijo el general—, me ofrece la caza más excitante del mundo. Ningún otro tipo de caza tiene comparación. Cazo cada día y nunca me aburro ya que ahora tengo una presa al nivel de mi inteligencia.	Y la respuesta, por supuesto, era que: «Debe tener coraje, ser astuta y, sobre todo, debe ser capaz de razonar».
— No puedo creer que un joven tan moderno y civilizado como usted parece mantenga aún esas ideas románticas sobre el valor de la vida humana. Sin duda sus experiencias en la guerra...	—Si mi presa me elude durante tres días, gana el juego. Si la encuentro —sonrió el general—, pierde.



La cama era cómoda y el pijama de seda muy suave. Cada fibra de su cuerpo necesitaba descansar, pero aun así Rainsford no podía calmar su cerebro con el opio del sueño.	Inclinó la cabeza hacia el rincón donde el gigante permanecía de pie, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho de barril.
— Le daré mi palabra de caballero y deportista. Usted, por supuesto, debe comprometerse a no decir nada sobre su visita.	Bajo un brazo llevaba ropas de caza de color caqui, una mochila llena de comida y una funda de cuero que contenía un cuchillo de caza de filo largo; su mano derecha reposaba sobre un revólver listo para disparar sujeto a la faja carmesí que rodeaba su cintura.
Rainsford ya había pasado dos horas en la selva intentando sobrevivir. —Debo conservar la calma. Debo conservar la calma —se dijo con los dientes bien apretados.	La aprensiva noche serpenteó poco a poco como una culebra herida, pero a pesar de que en la selva reinaba el silencio de un mundo muerto el sueño no visitó a Rainsford.
Algo se movía entre la maleza con cuidado, lentamente, siguiendo el mismo camino tortuoso que Rainsford había seguido.	Se bajó del árbol y entró de nuevo en la selva. Su rostro mostraba la determinación con la que obligó a funcionar a su maquinaria mental.
Acabada al fin su tarea, Rainsford se arrojó detrás de un tronco caído a treinta metros de allí.	

